

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 20.

Euseb., *Contra Porphy.* (perdido); *Contra Hierocl.*, ed. Par., 1628, in-fol.; *Fv. prepar.*, 15 livr., ed. Oxon., 1843; Migne, *Patr. gr.*, t. XXI; *Fv. demonstr.*, 20 libr., de los que no quedan más que 10, incompletos, con un fragmento del libro XV Ed. Gaisdorf, Oxon., 1852; ed. Dindorf., Lips., 1867; Migne, t. XXII; Haenel, *Comm. de Eus. Cæs. rel. chr. defens.*, Gott., 1844; Stein (A. 19), p. 95 y sig.; Athan., *Λόγος κατά Ελλήνων*, y *De incarnat. Verbi*, Op., ed. Par., 1698, t. I; Migne, XXV, p. 1 y sig. Sobre los apolinaristas, Hier., *Catal.*, c. civ. — Naz., *Or.*, 4, 5 (al. 3, 4); Cyrill., *Contra Jul.* (más arriba § 16); Theod., *Ελληνοὶς θεολογικὴ παρθένων*, ed. Gaisford, Oxon., 1839; Migne, t. LXXXIII, p. 783 et seq. (*ibid.*, p. 555 et seq., *πρὸς προνοίας*); *Consultatio Zachæi christ. et Apollonii phil.*, libri III, d'Achery, *Spic.*, t. I, p. 141; Gallandi, IX, p. 205 et seq. *Conversion de San Martin*, Sulpic. Sever., *Vita S. Mart.*, c. xi et seq., p. 121 et seq., ed. Halm. Sobre la asercion de muchos protestantes (Néander, I, 114; Ebrard, K. u. Dogm. Gesch. I, p. 119 y sig.; Baur, *Die christl. K. vom 4-6 Jahrh.*, p. 271 y sig.) de que el paganismo había penetrado en la Iglesia, véase *Hist. polit. Bletter*, 1854, t. XXXIV, p. 273 y sig.

## § 2. La Iglesia fuera del Imperio romano.

## Los persas y los armenios. — Los persas.

21. Persia tenía desde mucho tiempo ántes numerosas iglesias cristianas, sometidas á la metrópolis de Seleucia-Ctesifonte. Los cristianos abundaban mucho, especialmente en la poblacion siríaca de las provincias de la Persia anterior. Un Obispo de Persia asistió en 325 al Concilio de Nicea, y más tarde Constantino el Grande, recomendó los cristianos de este país á la benevolencia de su rey Sapor II (309-381). Poco tiempo despues de la muerte de aquel emperador (hácia el 342), se desencadenó contra los fieles una violenta persecucion. Las causas provenían, en parte, del odio religioso de los adoradores del fuego, y de las excitaciones de los judíos, y en parte de los recelos políticos; los cristianos indígenas eran mirados como sospechosos; creíase que abrigaban simpatías hácia el Imperio romano. Este odio se acrecentó cuando Persia entró en guerra con Constancio. Desde el principio de ella, Sapor II hizo aprisionar y someter al tormento á multitud de cristianos. Tambien condenó á muerte al Arzobispo de Seleucia, Simon Barsaboe, con cien eclesiásticos. Terrible fué la persecucion contra todos los fieles, pero principalmente contra los clérigos, religiosos y monjas. Sozomeno, cuenta 16.000 mártires. Un antiguo empleado de la corte, Guhsiatzades, que había apostatado al principio, pidió por toda gracia que se hiciese saber al pueblo que era condenado á muerte, no por traicion, sino por ser cris-

tiano. Este acto confirmó el valor de muchos. Ordinariamente, los cristianos apóstatas eran los encargados de ejercer el oficio de verdugos con los que permanecían inflexibles.

Los primeros sucesores de Simon, Sciadustes y Barbascemin, fueron igualmente martirizados con gran número de vírgenes y sacerdotes. La Iglesia de Seleucia permaneció veinte años sin Obispos. Ordenóse á los cristianos adorar al sol y aceptar la religion del « rey de los reyes. » Los que se negaban, expiaban su « locura » con los más crueles suplicios. La mayor parte dió prueba de admirable heroísmo, y sus filas estaban ya muy claras, cuando Sapor II en los últimos años de su reinado (379-381) templó sus precedentes rigores.

El rey Jezdedscherd I (Isdegerdo), fué al principio favorable á los cristianos; les permitió hasta ejercer libremente su religion y construir iglesias, gracias á la intervencion de Murutas, excelente obispo de Tagrit, en Mesopotamia, que negoció en su nombre con el emperador Teodoro II, y puso de manifiesto ante los ojos del rey persa los artificios de los mágicos. Desdichadamente el impetuoso celo de Abdas, Obispo de Susa, que en 418 puso fuego á un templo dedicado á Ormuzd (Pyrcion), y rehusó reconstruirlo, desencadenó una nueva tempestad, y produjo la ruina casi completa de la Iglesia en Persia. Abdas y gran número de cristianos fueron condenados á muerte.

Bahram V (en griego Varanes, 428-438), fué todavía más cruel que su predecesor. Por su orden, muchos cristianos, entre otros el célebre mártir Jacobo (Sarug, el Mutilado), fueron hechos pedazos. Esta persecucion duró treinta años, y causó numerosos mártires. La intervencion del emperador Teodosio II, sólo produjo un reposo de corta duracion. Muchos persas se habian refugiado en el territorio oriental del Imperio romano, y habiendo rehusado el emperador entregarlos, comenzó la guerra en 422. Fué terminada en 427 despues de una victoria que alcanzaron las tropas imperiales. En esta guerra, Acacio, Obispo de Amida en Mesopotamia, sacrificó los más preciosos vasos de su iglesia para comprar 7.000 prisioneros persas que devolvió á su patria. Este acto magnánimo dulcificó el ánimo del rey. Sin embargo, la persecucion no cesó enteramente ni áun bajo el reinado de Jezdedscherd (hasta el 450), y muchos cristianos dieron todavía con su sangre testimonio de su fe.

En este tiempo (465), muchos herejes del partido de Nestorio, perseguidos en el Imperio de Oriente, se refugiaron en Persia; como no eran sospechosos de adhesion á los emperadores de Bizancio, fueron bien acogidos y adquirieron pronto grande influencia. Los nestorianos se sirvieron de ella para desacreditar á los católicos y provocar contra éstos las explosiones de la más violenta cólera. Esta situacion era muy des-

ventajosa para los católicos, porque las guerras, interrumpidas por un momento, se renovaban sin cesar con la Roma oriental, principalmente bajo el emperador Justiniano (527-565), y porque el poder persa, repuesto de sus derrotas, permanecía siempre en actitud de proseguir sus ataques.

Cosroes I, contemporáneo de Justiniano, era, como él, un déspota en toda la extensión de la palabra. Puso sitio á Edesa, cuyos habitantes confiaban en la promesa que Jesucristo les había hecho, según decían, de que su ciudad no sería tomada por asalto; pero hubo de contentarse con un rescate en dinero. En su cuarto ataque, quiso vengarse del Dios de los cristianos, y amenazó llevar cautivos á Persia á todos los habitantes de la ciudad. Esta vez tampoco pudo obtener otra cosa que una cuantiosa suma. Los persas arrebataron á las iglesias, y especialmente á la de Apamea, en Siria, sus objetos preciosos. En 614, Cosroes II consiguió apoderarse de Jerusalem, trató cruelmente á los cristianos de Palestina, y llevó consigo la Cruz del Salvador, que había sido descubierta por Elena, madre de Constantino. Hasta más tarde no fué recobrada por el emperador Heraclio, que la condujo en triunfo á Jerusalem, donde fué solemnemente colocada (629).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 21.

Eus., Vita Const., III, 7; IV, 9-13; Theod., I, 24; V, 38 (al. 39); Soz., II, 9-14; Soer., VII, 18-21; Cyrill. Scythop., Vita S. Euthym.; Analecta gr., Paris., 1868, I, 19; Assemani, Bibl. or., Rom., 1726, t. I, p. 1 et seq. (fija el suplicio del Arzobispo Simon en 330); Stephan. Evod. Assemani, Acta martyrum Or. et Occid., Rom., 1748 et seq.; Zingerle, Aechte Acten der Martyrer des Morgenl. A. d. Syr., Innsbr., 1836, 2.ª part.; Uhlmann, Die Verfolgungen in Persien I, 4 u. 5 Jahrb. (Niedern. Ztschr., 1861, p. 1-362). Sobre Nisibe véase Am. Marcellin., xx, 7; Theod., II, 26 (al. 30). Sobre los Concilios de Edesa y Nisibe, véase Theod., Lect., II, v, 49 (Migne, t. LXXXVI, p. 185, 209). Sobre las luchas en tiempo de Justiniano, Procop., De bello pers., sobre todo II, xi, 27.

El nestorianismo en Persia.

22. La invasión del nestorianismo puso á los cristianos persas, debilitados hacia mucho tiempo, en el más extremo peligro. En 485 los católicos sometidos á Babueo, gran metropolitano de Seleucia, se levantaron contra los nestorianos, cuyo metropolitano era Barsumas de Nisibe. Ambos partidos celebraron sínodos, y se excomulgaron mutuamente. Los nestorianos censuraban á Babueo el dejar que entraran mujeres en el baptisterio y permitirles asistir al acto del bautismo; toleraban el ma-

trimonio de sacerdotes y monjes, no prohibían más que la bigamia ó el matrimonio con la cuñada ó con la suegra. En 485 Babueo fué condenado á muerte por consecuencia de las sospechas que Barsumas había sembrado contra él, y Acacio fué su sucesor. Barsumas, protegido por el rey Pheroces (461-468), ayudó á la propagación del nestorianismo con su traducción persa de los escritos de Teodoro de Mopsuesta. Los nestorianos persas, que se hacían llamar caldeos, admitían abiertamente dos hipótesis en Jesucristo, pero bajo una sola imagen (prosoyon), y creían que en Jesucristo no había otra unión que la de la voluntad y la de la inclinación.

La escuela de Edesa, suprimida por Zenón en 489, fué trasladada á Nisibe, donde permaneció por algún tiempo muy floreciente. Se pretende que á principios del siglo VII, bajo su jefe Hanan, contaba 800 discípulos. Los nestorianos de Persia desplegaban también gran actividad en las misiones; pero con frecuencia estaban divididos entre sí, y la disciplina eclesiástica dejaba mucho que desear.

Habiendo alcanzado Acacio, sucesor de Babueo, el destierro de la calumniador Barsumas, siguió á esto un cisma que continuó hasta la muerte del último (489). Acacio tuvo por sucesor á un seglar casado, Babueo II (hacia 498), que intentó reconciliar ambos partidos. En un sínodo celebrado en 499 se declaró en muchos artículos, que los sacerdotes y hasta los monjes y Obispos podrían casarse una vez; se estableció que los Concilios provinciales se celebrarían regularmente por lo menos una vez al año, y los patriarcales cada cuatro años; que la silla de Seleucia-Ctesifonte, sería erigida en patriarcal. El titular llevaba el nombre de Catholicos (Jacelich), y presidía 23 metrópolis. Este Babueo, apoyado por el rey, oprimió al exiguo resto de aquellas comunidades católicas. Cesaron las relaciones con la Silla de Antioquía y con el Imperio romano, y ni aun la conversión del patriarca Sahaduna, que en 628 había sido enviado á Constantinopla, ejerció influencia alguna. Cuando el poder persa fué abatido por los árabes (651), los nestorianos supieron igualmente conciliarse el favor de los califas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 22.

Sobre el mal llamado Concilio de Seleucia, 410, Hefelé, Concil., II, 90. Concilios de 485 y sig.; Assem., Bibl. or. III, II, p. CLXXVII et seq.; III, I, p. 429; Hefelé, II, 590, 596, 610.—Assem., De catholicis s. patr. Chaldaeorum et Nestor., Rom., 1775; Pichler, Gesch. der kirchl. Trennung, II, p. 427; Abulfar., ap. Assem., Bibl. or., III, I, p. 391 et seq.; III, II, p. 79, 924 et seq.; Diss. de Nestor. Ebedjesu, ap. Mai, Nov. Coll., t. X. Entre los mártires convertidos por Simeon, Obispo de Beth-Arsam (510-525), se citan principalmente tres magos. Assemani, loc. cit., p. 341.

## Los armenios.

23. El primer pueblo que abrazó en masa el cristianismo, fué el armenio. Tuvo por apóstol á Gregorio llamado el Iluminador (*illuminator*), vástago de la familia real de los Arsacidas. Sustraído en su infancia á la matanza de su familia, fué educado en Capadocia, y llegó á ser el apóstol de su pueblo. Vuelto á su país (286), soportó un largo cautiverio, y llegó en fin á convertir y bautizar al rey Tiridates III con gran parte de su pueblo. Hacia el año 302, Leoncio, Arzobispo de Cesárea, le consagró metropolitano de Armenia; de aquí el estrecho vínculo que se estableció entre ambas Iglesias. Muchos sacerdotes del Imperio griego apoyaron el celo de Gregorio en la obra de las conversiones.

En 311, Maximino comenzó la guerra contra los cristianos de Armenia, que habían sido en otro tiempo aliados de los romanos; este valeroso pueblo le hizo experimentar muchas derrotas. San Gregorio fundó el convento de Aschedisched, y pasó en la soledad los últimos años de su vida. Sus sucesores, elegidos generalmente en su familia, fueron sus hijos Aristaces (Rostaces) y Bertannes (Vartanes), su sobrino Husig (Jusek, Hesychius, que en algunos catálogos es precedido de Gregorio II). Guerras intestinas detuvieron los progresos de esta nueva Iglesia. Hubo en ella tambien gran número de apóstatas; los persas, que los favorecían, intentaron cada vez con más ahínco desde el año 368, someter al país. En 363 y 372 el Episcopado armenio tomó tambien parte muy considerable en los grandes asuntos de la Iglesia universal.

San Basilio de Cesárea, muerto en 379, visitó gran parte de la Armenia, restableció la paz entre los Obispos, é intentó abolir los abusos. Sin embargo, los vínculos con el Occidente no tardaron en relajarse, y los Obispos hubieron de entrar en lucha con los sucesores del rey Tiridates, que eran hostiles al catolicismo. Se asegura que Isaac el Grande, 390-440 (sucesor de Nerses, muerto en 359), fué consagrado por los Obispos del país, y no en Cesárea. Hizo florecer de nuevo la Iglesia de Armenia, si bien los disturbios políticos no se apagaron, y reformó la disciplina eclesiástica y la enseñanza.

San Mesrop (ó Miesrob) inventó para los armenios un alfabeto particular, y se dedicó (428) á traducir en su lengua la Sagrada Biblia. Muchos concurren á este trabajo. Fueron igualmente traducidos los escritos de griegos y siriacos, y poco tiempo despues la historia nacional era escrita por Moisés de Corena. El nestorianismo no encontró acceso en el país, porque los Obispos se declararon desde el principio resulta-

mente contra él. Cuando Racio de Edesa y Acacio de Melitena les pusieron en guardia contra la propagacion de los escritos de Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuesta, traducidos igualmente á su lengua, y favorecidos por los Obispos de Cilicia, un Concilio celebrado en Armenia envió para que se informaran de la verdadera doctrina, á los dos sacerdotes Leoncio y Aberio, á Constantinopla, cuya silla patriarcal habia ilustrado San Crisóstomo con su destierro, sus sufrimientos y servicios. Entónces fué cuando Proclo (despues de 434) escribió su célebre libro (*Epistola ad Armenos de fide*).

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 23.

Euseb., IX, 8; Soz., II, 8; Agathangeli Acta S. Greg. Illum. (Acta sancti, sept., VII, 321 et seq.); Moses Choren., Hist. Arm., ed. Le Vaillant de Florival, arm. et franc., Ven., 1841; en alemán por Lauer, Regensb., 1869; Narratio de rebus Armen. (Combéffis, Bibl. patr. auctar., II, 261 et seq.; Sam. Anians, Chron., ed. Zohrab., Mediol., 1818 (Migne, Patr. gr., t. XIX, p. 661 et seq.); J.-B. Aucher, Vida de todos los santos del calendario armenio, 12 vol., 1810-14; Saint Martin, Memorias históricas y geográficas sobre Armenia, París, 1818 et seq., t. II; Plácido Sukias Somal (abad general de los mecharistas), Quadro della storia letteraria di Armenia, Venec., 1829; Tehantschean, Hist. arm., Venet., 1784-86, in 4.º, vol. 3 (en ingl., Calcuta, 1827); de Beau, Historia del Bajo Imperio, corregida y aumentada segun las hist. or., por M. de Saint-Martin, París, 1824-34; Windischmann, Mittheilungen aus der arm. K.-G. (Tüb. Q.-Schr., 1836, p. 3 y sig.); Samueljan, Bekehrung Armen., Viena, 1844, y Tüb. Q.-Schr., 1846, p. 225 y sig.; Chamich., Hist. of Armenia tr. by Audall, Calcuta, 1827; Elisæus, Hist. of Vartan and of the battle of Arm., by Neumann, Lond., 1836; Victor Langlois, Coleccion de historias antiguas y modernas de Armenia, vol. I, París, 1867; vol. II, 1869. Los armenios posteriores defendían la tradicion segun la cual la Iglesia armenia habria sido fundada en el primer siglo, y en su apoyo invocaban el nombre de los Apóstoles Tadeo, Bartolomé y Tomás; Pichler, t. II, p. 438. El documento sobre la alianza entre el Papa Silvestre y Gregorio el Iluminador, entre Constantino y el rey Tiridates III (Clem. Galanus, Conciliatio Eccl. arm. cum romana ex ipsius Arm. PP. et doctor. Testim., Rom., 1650, par. I, p. 590; Giov. de Serpos, Compendio storico della nazione Arm., Venise, 1786, I, p. 200 et seq.) es ciertamente apócrifo (Denzinger, Tüb. Q.-Schr., 1850, p. 366; Pichler, p. 439). Sobre la subordinacion de la Armenia eclesiástica á Cesárea, vease Mos. Chor., II, 77, 88; Le Quien, Or. Chor., I, 1355; Thomassin, part. I, lib. I, cap. xvii, n. 5; Néander, I, p. 469. Isakakis (puede ser Jusek) de la Gran Armenia, se volvió á Antioquia en 363 (Soer., III, 25). Se ve el nombre de Josakes en 372 en Ep. Orient. ad Episc. Ital. et Gall. (Basil., Ep. xcii, al. 69). Entre las cartas de San Basilio, las siguientes conciernen á la Armenia, Ep. xcix ad Terent. Com. (372), esp. iv; Ep. cxx-cxxii, cxxxviii, cxxxix, ccxlii (entre 372 y 376). Sobre la traduccion armenia de la Biblia, Saint Martin, Memorias, t. I, p. 7 et seq.; Hug, Einl. in d. N. T., I, p. 398 y sig., 3.ª ed.; Chryst., Ep. iv ad Olymp.; Ep. xxxv, LXVII-LXIX; Procl., Tom. ad Arm.; Migne, t. LXV, p. 856 et seq. Cf. Galan., I, p. 69 y sig.; Le Quien, loc. cit., p. 1257.

## Persecucion de los armenios.

24. Sin embargo, la influencia persa se había acrecentado en el país, y en 429 la mayor parte de la Armenia había pasado á ser una provincia del Imperio. Hicieronse varias tentativas para ahogar al cristianismo ó introducir el culto pérsico. En 450, el rey Jezdesherdo II prescribió la adopcion de la religion y usos persas y envió setecientos magos para destruir las iglesias ó convertirlas en pyreias. Los cristianos de Armenia comenzaron un combate por su fe, en el cual muchos encontraron la muerte de los mártires. Los fieles quedaron reducidos al último extremo.

El patriarca Isaac (Sakak) había tenido por sucesor á Mesrop, y éste á José, que en ninguna parte pudo encontrar un sitio de reposo. Su silla estaba en poder de los persas. Teodoro de Cira (muerto en 458) envió á la Armenia persa cartas conmovedoras<sup>1</sup> dirigidas á los Obispos Eulalio y Eusebio para consolarlos y fortalecer su valor. A la constancia de éstos debieron los cristianos el libre ejercicio de su Religion. Nuevas vejaciones por parte de los persas provocaron en 482 y 487 nuevas insurrecciones, y el país tuvo que sufrir mucho con estas multiplicadas guerras. En cuanto al cristianismo, no podía ya ser extirpado.

Durante este tiempo, el Concilio celebrado en Calcedonia permanecia ignorado por los armenios, que no habian podido tomar parte en él; cuando lo conocieron se opusieron á él. La epístola de Leon el Grande llegó hasta ellos en una version defectuosa y dieron crédito á la manifestacion de los monofisitas de que el Concilio de Calcedonia había renovado la herejía de Nestorio. Ya anteriormente monjes armenios habian combatido desde el punto de vista de los monofisitas á Teodoro de Mopsuesta, aun en aquello que éste nada tenía de censurable.

Un Concilio celebrado en Walarschatpat, bajo el patriarca Babgen (491), se declaró contra el Concilio de Calcedonia, y lo mismo tuvo lugar en 496 en Dovin (Thevin ó Feyin) bajo el patriarca Abraham. Otro celebrado en 527, en la misma poblacion, había dado 28 cánones disciplinares. Los griegos intentaron muchas veces atraer á los monofisitas armenios hácia la unidad eclesiástica. Bajo Justino II (565-578) y bajo el patriarca Nersés, cuando Vardanes (ó Verdane) estaba al frente del pueblo, los habitantes de la grande Armenia se habian mostrado dispuestos á someterse á Bizancio; pero los desastres militares del emperador impidieron los efectos de este buen designio. El empera-

<sup>1</sup> Epíst. LXXVII, LXXVIII.

dor Mauricio celebró una asamblea de Obispos greco-armenios, donde se resolvió la union, pero los legados del patriarca rehusaron su adhesion. Con respecto á este punto, el emperador declaró en 600 que los católicos que habitaban la Armenia estaban desligados de la obediencia del patriarca, y les hizo dar otro llamado Juan, que habría de residir en Avan ó Cotais.

La separacion duraba ya hacia diez y seis años cuando Heraclio intentó nuevamente reunirlos. En un Concilio celebrado en Garin (entre 622 y 626), consiguió ganar al patriarca Esra en favor de la union; pero en 649 los decretos de Calcedonia fueron de nuevo tachados de nestorianismo y anatematizados. El mismo caso se renovó en 648, en 651 y en 687, si bien el filósofo David se pronunció enérgicamente en favor de estos decretos. En 651, los armenios cayeron bajo la dominacion árabe, y las luchas entre los califas y emperadores de Oriente continuaron. Las disposiciones variaban segun la fortuna de ambos contendientes.

Los griegos alimentaban siempre la vana esperanza de atraer á los herejes armenios. Desde 657 á 686 fué gobernado el país por príncipes indígenas tributarios de los califas. Desde 686 hasta 693, los griegos obtuvieron allí grandes ventajas hasta el punto de que Sembat ó Simpad expulsó por algun tiempo á los árabes. En 692, el Concilio *in Trullo* prohibió el uso armenio de no poner agua en el cáliz de la misa (can. xxxii), censuró la costumbre de no conferir el sacerdocio sino á los descendientes de las familias sacerdotales (can. xxxiii), la eleccion de los lectores no tonsurados, el uso de los huevos y del queso en Cuaresma (can. lvi), y la costumbre de cocer la carne sobre el altar y darla á los sacerdotes (can. xcix).

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 24.

Dulaurier, Historia de los dogmas, trad. et lit. de l'Eglise armen., Paris, 1850, p. 28 y sig.; Pichler, p. 440 y sig.; Héfélé, II, p. 697-699 sobre los Concilios de Armenia de 491, 527, 596. Theoph. Byz., ap. Phot., Bibl., cod. 64; Joh. Ephes., Hist. eccl., II, 18 et seq.; VI, 11, 23, ed. Schönfelder, p. 60 et seq.; Evagr., V, 7; Sam. An., Chron., p. 686, ed. Migne; Maximo, Disp. cum Pyrrho, Mansi, X, 741 et seq., Héfélé, III, p. 67, 120 y sig., 294; Welte, en Freib. Kirchen-Lex., I, p. 442 y mi obra Photius, I, p. 478-481; Mohler-Gams, I, p. 519. Sobre el filósofo David, que promovió el estudio de Aristóteles en Armenia, véase C.-F. Neumann, Memorias sobre la vida y obras de David, Paris, 1829.

## Otros pueblos asiáticos. — Los iberos y sus comarcas.

25. El cristianismo fué introducido en Iberia (Georgia y Grouσία del Cáucaso), bajo el reinado de Constantino el Grande, hácia el año 326, por una piadosa cautiva llamada Nunia ó Nino, que se hizo célebre por la curación milagrosa de un niño. Otra conversión que acaeció poco despues, fué la del rey Míreo, que había experimentado en la caza el socorro del Dios de los cristianos. Hizo venir sacerdotes del Imperio romano. De Iberia pasó el cristianismo á Albania, y despues, en el siglo sexto, penetró entre los lagienos (cólquidos ó colquios), y entre sus vecinos los abasgienos (abasios). El príncipe de los lagienos, Tzathaus, fué bautizado en Constantinopla en 522. Justino I envió á los abasgienos al compatriota de éstos, Eufrotas, eunuco de palacio, para prohibirles que se mutilaran; hizo edificar una iglesia bajo la advocación de la Madre de Dios, y estableció sacerdotes para evangelizar al país. Despues de la muerte de San Maximino (622), San Estéban obtuvo mucho fruto entre los abasgienos y lagienos, los cuales, aunque aliados en otro tiempo de Roma, habían abandonado al emperador Heraclio en su guerra contra los persas. Se mostraron más tarde muy amantes de la fe católica. Los discípulos de San Maximino desplegaron gran actividad en Iberia, cuyos príncipes sostenían estrechas relaciones con Constantinopla, y de los cuales uno, Zamanarso, se dirigió en persona á la corte del emperador Justiniano con su mujer y muchos de su comitiva.

Tambien los tzanes, pueblos entregados al pillaje (situados entre los lagienos y el Imperio romano, junto á las fuentes del Fasis y del Acampsis) se mostraron dispuestos á recibir el bautismo y á entrar en el ejército imperial. Justiniano intentó civilizarlos, é hizo construir en el país ciudades y fortalezas. Ménos felices fueron las tentativas de Gordas, rey de los lunos, en Crimea, que había hecho alianza con el emperador en Constantinopla, y recibido el bautismo. Su pueblo se rebeló contra él, le asesinó y colocó en su puesto á su hermano Moager, con el cual continuó avanzando hácia el Norte.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 25.

Socr., I, 20; Soz., II, 7; Theod., I, 23; Ruf., X, 10; Mos., Choren., II, 83; Theoph., Chronogr., p. 108, ed. Migne, a. m. 5817; Neander, I, p. 470.—Procop., De bello pers., I, 12; II, 28; De bello goth., IV, 2, 3; Agath., III, XII, p. 165, ed. Bonn.; Evagr., IV, 22; Theoph., Chronogr., a. m. 6015, 6027, 6047, 6115 (Migne.

t. CVIII, p. 393, 476, 504, 645 et seq.); Anast. presb., Ep. ad Theod. Gangr., cap. IX et seq. (Op. S. Max., I, p. LXIX, ed. Combef.); Le Quien, Diss. de Patr., Cpl., cap. XIV, § 1, p. 35; Neander, p. 471; Döllinger, Handb. der K.-G., I, II, p. 34; Rohrbacher-Rump, IX, p. 70.

## Los árabes.

26. La Arabia del Sur, bajo los Hamjares ú Homeritas, fué evangelizada (350-354) por el Obispo Teófilo de Diu, enviado por el emperador Constancio. Este Obispo, originario de las Indias orientales, instruído en otro tiempo por Eusebio de Nicomedia, Obispo arriano, desempeñaba el cargo de embajador del Imperio. Muchos árabes se hicieron bautizar en Yemen y fueron construídas tres iglesias, una en Tapharan, la capital, otra en Aden y la tercera en Hormuz. El rey de los homeritas, era también cristiano. No parece probado que el arrianismo dominara este país mucho tiempo. Más tarde encontramos allí homeritas católicos. En el cuarto siglo había también Obispos católicos en Arabia, por ejemplo, Tito de Bosra, en tiempo de Juliano y Valente. La multitud de los judíos, la autoridad de que disfrutaban, la vida nómada de los árabes impidieron la completa conversión del país al cristianismo.

Muchos monjes que habitaban en el desierto se pusieron en contacto con las hordas nómadas y errantes, ganaron su afecto y estimación y se aprovecharon de esto para extender el cristianismo: entre ellos se cuenta á San Hilarion. Hácia el año 372, una princesa sarracena, Mauvia, despues de concluir la paz con el Imperio romano, recibió por Obispo de su pueblo al monje Moisés, que gozaba de gran veneración. En tiempos posteriores, Simeon Stilita y el piadoso monje Eutimio adquirieron grande influencia. Eutimio bautizó al jefe de una tribu aliada con el Imperio romano, Aspebethos, que tomó el nombre de Pedro y fué el primer Obispo misionero de las tribus nómadas sarracenas de Palestina; su hijo Terebon, curado por Eutimio, obtuvo el gobierno de la tribu.

Los monjes del convento del Sinal se distinguieron también por sus trabajos. En tiempo del emperador Anastasio (muerto en 518), se convirtió Almendar, príncipe de la tribu de los sarracenos, á quien dos Obispos monofisitas enviados por Severo habían intentado atraer á su doctrina. En general, el número de los católicos aumentó entre los árabes bajo el gobierno de aquél. El judaísmo provocó una reacción y los homeritas llegaron hasta obtener en la persona de Dunaan (Dhu-Nowas) un rey judío, que desde 522 persiguió á los cristianos, y en 533 se apoderó por traición de la ciudad de Negraan, casi enteramente cristiana, é

hizo decapitar ó quemar á millares de fieles. Muchos cristianos emprendieron la fuga y buscaron refugio y proteccion, ya cerca del patriarca de Alejandría, ya cerca del rey de Abisinia, ya en Constantinopla. El rey de Abisinia, Elesbaan, y su general Aretas, vinieron en socorro de sus desdichados coreligionarios; los judíos mandados por Dunaan fueron vencidos, y durante más de sesenta y dos años los homeritas de Yemen fueron regidos por príncipes cristianos, dependientes de Etiopia.

Bajo el emperador Justiniano y el rey Abraham, el Obispo Gregencio de Tapharan, consignó por escrito las leyes de los homeritas y sostuvo una discusion con el judío Herban. Hacia el 616, Arabia cayó casi enteramente bajo la dominacion de Cosroes, rey de Persia. El nestorianismo, eficazmente protegido por este príncipe, se derramó entónces fuera de Persia y el monofisitismo se abrió tambien paso. Los cristianos, aunque medianamente numerosos (el reino de Hira al Sudoeste de Babilonia, tenía tambien príncipes cristianos desde 580), no podían, en medio de sus divisiones religiosas, resistir con firmeza á la potente irrupcion del mahometismo, que por lo demás se adaptaba al carácter del pueblo árabe.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 26.

Philost., II, 6; III, 4, sobre Theophilo; sobre Tito de Bosra, Soer., III, 25; Soz., III, 14; V, 15; Hier., Cat., cap. cii; Ep. lxx, al. lxxxiv ad. Magn. Sobre los trabajos de los monjes, Eusebio, in Isa. (Montiaucou, Col. nov. Patr., II, 521); Hier., Vita S. Hilar. (Op., IV, II, p. 82, Mart.); Soer., IV, 36; Soz., VI, 38; Theod., IV, 23; Ruf., II, 6; Theod., Hist. rel., c. xxvi; Sobre el Filarca Aspebethos, *ἐπισκοπὸς τῶν παρεδῶτων*, Vita S. Euthym., cap. xviii y sig., xxxvii y sig. (Cotel., Mon. Eccl. gr., t. II); Neander, p. 472 y sig. Sobre Almundar, Theod., Lect., II, 35 (Migne, t. LXXXVI, p. 204. Lo que Teodoro, cap. lviii (ibid., p. 212 dice de los *ἱμαριῶτες* (cf. Niceph., XVI, 37), se aplica ciertamente á los Homeritas. Cf. Assem., Bibl., or., III, II, p. 562-598; Pococke, Specimen. hist. arab., p. 72 et seq. Persecucion bajo Dunaan, Joh., Ep. As., ap. Assem., loc. cit., I, 359; Simon, Ep. Pers. ap. Zachar. hist. eccl.; Assem., loc. cit., p. 364. Cf. seq.; Mai, Nov. coll., X, I, 376; Procop., De bello pers., I, 17, 20; Acta S. Aretæ (Boissonade, Anecd. gr., t. V, Paris, 1833); Abrah. Echellens, Hist. Arab., p. 171; Rühle v. Lilienstern, Zur Gesch. der Araber Muham., Berl., 1836, cap. iv, Véase el Coran, Sura 85, n. 4. Gregentii Op., Migne, t. LXXXVI, p. 567-784. Bajo Justinio II, eran aún amigos de los griegos, Theoph. Byz., ap. Phot., cod. 64, p. 26. Suerte posterior de los cristianos de Arabia, Pococke, loc. cit.; Assem., Bibl. or., III, II, p. 606.

Las Indias orientales y la China.

27. Teófilo, Obispo arriano, trabajó tambien en la isla de Diu Socotora, su patria (nombrada por los antiguos Dioscórides). Esta isla, situada á la entrada del golfo Árabe, sostenía grandes relaciones comerciales. De allí se dirigió á las Indias orientales, donde había ya ántes de él cristianos, persas en su mayoría. Cosme, primero mercader, monje despues, llamado el Indicopleuta (*navegante en la India*), á causa de sus viajes marítimos y autor de una topografía cristiana, florecía en tiempo de Justiniano I y de Justino II; encontró en Male (tal vez Malabar), en Trapobana (Ceilan) y en Calliana (Calicut), iglesias cristianas y en este último lugar un Obispo. Los cristianos de la India, llamados tambien cristianos de Santo Tomás, colocados bajo la dependencia de la Iglesia de Persia, se dejaron arrastrar á la herejía nestoriana. En China se formaron comunidades cristianas desde el siglo séptimo. En 636, un sacerdote llamado Jaballah ú Olopuen, llevó allí, segun se dice, el cristianismo y lo difundió bajo la proteccion del emperador, como se ve por un monumento erigido en 781 y descubierto cerca de Singan-fou en 1625. Su autenticidad, sostenida con mucha frecuencia, no ha sido aún completamente demostrada.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 27.

Philost., III, 14; Cosm. Indicopl., Topogr. christ., Migne, t. LXXXVIII; Assem., loc. cit., p. 438; Le Quien, Or. ch., II, p. 1273 et seq. Sobre el monumento descubierto por Atanasio Kircher, S. J. Prodom. copt., Rom., 1638; China illustrata, Rom., 1667, p. 43 et seq.; Renaudot, Desguignes, Abel Rémusat, Mosheim, etc., se expresan de una manera favorable. Comp. Assem., loc. cit., p. 538; Le Quien, loc. cit., p. 1265 et seq.; Pauthier, de la Autenticidad de la inscripcion nestoriana de Singan-fou, relativa á la introduccion de la religion cristiana en China en el siglo septimo, Paris, 1857. (Ibid., 1858, el texto con traduccion latina y francesa y fac-simile.)

Conversiones en África. — Los etiopes.

28. El cristianismo fué propagado en Abisinia ó en la Etiopia axumítica (Habesch), en tiempo de Constantino el Grande, por dos jóvenes llamados Frumencio y Edeso, compañeros de un sabio de Tiro, que hacía viajes de exploracion en este país. Toda la caravana fué hecha prisionera y degollada, á excepcion de estos dos jóvenes, que fueron conducidos á la corte real de Axum (Auxuma), y se granjearon ente-

ramente el favor del soberano. Investidos con los cargos de la corte, y declarados libres, permanecieron en el país aun despues de la muerte del rey, por voluntad de su viuda, que les rogó se encargasen de gobernar el Estado durante la menor edad de su hijo Aizana, cuya educacion les encomendó tambien. Edeso volvió en seguida á Tiro, donde recibió las órdenes sagradas. Allí fué donde Rufino de Aquileya le conoció más tarde. Frumencio se dirigió á Alejandría é informó al nuevo Obispo Atanasio de los progresos del cristianismo; éste le consagró Obispo del país en 328 ó 329.

Frumencio residió desde entónces en Axum, bautizó al rey Aizana y convirtió poco á poco á muchas personas del pueblo. El emperador Constancio escribió al rey Aizana y á su hermano Szazana para rogarles que enviaran á Frumencio al lado de Jorge, obispo arriano de Alejandría, á fin de que éste le instruyese en su doctrina y trató de predisponerlos en contra de Atanasio, que había sido, decia él, depuesto por sus crímenes. Pensaba en atraer al Obispo de Abisinia al partido de los arrianos, ó bien en hacerle sospechoso al príncipe. La proposicion fracasó y el arrianismo no pudo penetrar en el país. Bajo Elesbaan, los cristianos de Abisinia prestaron socorro á los homeritas. Cosme Indico-plenta, asegura que había en Abisinia monjes, Obispos é iglesias. Poco á poco se formó una literatura etiópica que contenía, además de traducciones de la Biblia, de los padres griegos y de las liturgias, gran número de obras y cánones apócrifos. Como la Iglesia de Etiopía dependía de Alejandría, que nombraba su jefe espiritual (Abuna), fué con ella arrastrada al monofisitismo, y el pueblo, ignorante y grosero, hizo una mezcla confusa de usos cristianos y heréticos. Se celebraba el sábado, así como el domingo; eran observados los preceptos judaicos sobre la carne y la circuncision, holladas las leyes sobre el matrimonio y se practicaba la poligamia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 28.

Rufino, X (1), 9; Soer., I, 19; Soz., II, 24; Theod., I, 22; Ep. Const., ap. Athan.; Apol. ad Const. cap. xxxi (Migne, t. XXV, p. 630 et seq. Comp. Neander, I, p. 473, n. 6). Job. Ludolf, Hist. æthiop., libri IV, Franci., 1861; Comment. ad hist. ætiop., 1691, in-fol.; Le Quien, loc. cit., p. 642 y sig.; Héfelé, Kirchen-Lex., I, 76. — Cosm. Indico-pl., Topogr., lib. III (Migne, t. LXXXVIII, p. 169); Niceph., XVII, 32. Literatura etiópica, véase Kauleu, Bonn. th. Lit.-Bl., 1866, p. 175 y sig. Juan de Eteso suministra muchos datos, y su obra ha sido utilizada por una multitud de sabios griegos, por Teofanes y por el patriarca Dionisio en su Crónica. Assem., Bibl. or., I, p. 359-386. Comp. Maurin Veyssier la Crose, Hist. del cristianismo en Etiopía y Armenia, 1739.

Los nubios y otros pueblos.

29. Los nubios y los biemnyes aceptaron el cristianismo, ó más bien el monofisitismo, en tiempo de Justiniano I. Juliano, sacerdote de Alejandría, miembro de esta secta, y favorecido por la emperatriz Teodora, se adelantó á la embajada que envió el emperador al príncipe de los nabates, y cuando abandonó aquel país, recomendó sus adeptos al Obispo Teodoro de Filea. Poco tiempo ántes de morir el patriarca Teodosio, monofisita, nombró á un tal Longino, Obispo de los nubios. Retenido durante tres años por órden del emperador, Longino huyó en 570 con dos esclavos á la tribu de los nabateos, donde permaneció seis años y despues volvió á Alejandría para la eleccion de un patriarca (576). Asistió á la consagracion del patriarca Teodosio, rechazado por muchos miembros de la secta y le siguió fiel, á pesar de la division que había estallado. Volvió, sin embargo, á Nubia, bautizó en 580 al rey de los alodenos, que ya anteriormente había pedido misioneros á los nabateos, y gozó de gran crédito con él. Convirtió tambien á su secta á algunos julianistas (aphartodocetas). Estos nubios permanecieron bajo la dependencia de los teodosianos de Alejandría y usaban la lengua litúrgica de los griegos. Sin embargo, el monofisitismo no arraigó allí y á fines del siglo décimo sólo quedaban las ruinas de las antiguas iglesias.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 29.

Abulfarag., ap. Assem., Bibl. or., II, 330; Eutyeh., Annal., II, 387; Joh. Eph., Hist. eocl., IV, 6 y sig., 49 y sig. (p. 141 y sig., 180 y sig., ed. Schenfelder); Olympiod., ap. Phot., cod. 80; Mæhler-Garns, I, p. 521 y sig. Los nabates son tambien mencionados por Cosme Indico-plenta, loc. cit. Sobre los distritos de la Nubia cristiana (Nuobadia, Alodia, Nakowia, Auxomitis), Le Quien, II, 509, 659; Schenfelder, p. 185, n. 1.

FIN DEL TOMO PRIMERO.